

En Orestes Baroffio: *Dos luchadores*. Talleres E.U.S., Montevideo, 1939.

Quiero hablar de Emilio Frugoni en estos momentos en que un libro suyo, "La Canción Humana", nos pone de nuevo frente a su claro talento. Pero hablar de Emilio Frugoni no es cosa fácil. Tiene su personalidad tantos talentos, y todos ellos tan interesantes, que es difícil presentarlo con su justo relieve. El político, el poeta, el pensador, el orador, el profesor; el parlamentarista y sobre todo el hombre. El hombre Emilio Frugoni, que vale tanto como el político, el poeta, el pensador, el orador, y el profesor juntos.

Un día dijo, en un discurso, un jurisconsulto argentino que Frugoni visto desde la otra orilla aparecía como una gran columna. Una grande y bella columna coronada por un capitel.

Yo no sé si desde lejos este hombre, que considero uno de los más formidables talentos de América, ofrece ese aspecto de columna esbelta y fuerte coronada por un hermoso capitel, pero lo que sí sé, es que desde cualquier parte que se mire nuestro panorama político, social e intelectual, Emilio Frugoni se destaca con perfiles fuertes y luminosos. Nosotros, acostumbrados como lo estamos a verlo tan sencillo todos los días, tan modesto, a ponernos a cada momento frente a su talentos, verle con ese gran equilibrio espiritual, no lo vemos así nunca. Para nosotros no puede ser una columna coronada con un hermoso capitel, para nosotros es algo más sencillo y más grande, algo menos arquitectónico y más humano. Para nosotros Emilio Frugoni es un hombre excepcional, que actúa con el mismo ritmo generoso en todos los momentos de su vida, impulsado por los más nobles y puros ideales. Para nosotros es un corazón que palpita y se estremece en todos los instantes frente a las cosas más bellas, frente a las cosas más amargas, frente a las injusticias, frente al dolor, a la miseria, a las tragedias que ofrece la vida...

En el vasto escenario intelectual de América, la de Frugoni es una de esas figuras que más se las estudia y se las analiza y más grandes aparecen a nuestros ojos. Es tipo modelado tan admirablemente que uno a veces piensa que es una equivocación. Toda su vida es un ejemplo. Ejemplo de bondad, de nobleza, de rectitud moral. Su vida es un repetirse constante en actos generosos. Profundamente y conscientemente bueno. El poder de su talento está reflejado en su obra, como en su obra está el reflejo de su noble corazón. Es hombre que siempre avanza. La transformación que se ha operado en su poesía es una de las pruebas más elocuentes de la agilidad de su pensamiento. Mientras en América nosotros vemos envejecer, estancarse, a los poetas de su generación, repetirse, seguir siempre el mismo camino, cerrarse a toda idea nueva, a él no. A él lo vemos modernizarse. Pero se moderniza en forma tal, que los poetas de estos días, los más jóvenes, los más audaces, quedan detrás de él, en la forma, en la vibración, en la agilidad de las imágenes.

Él ha sido y es un gran ciudadano de la República, del que la República se enorgullece.

Su acción en la vida universitaria, su acción en la propaganda diaria de su credo político, su acción en el Parlamento, ha sido siempre fecunda, noble y altruista.

Él se entregó desde joven a sus ideas y persistió. Él se entregó a los humildes con una fe, con una abnegación, con una voluntad que asombra. Ni un momento de paz. Ni un momento de descanso, ni un momento de duda. En las horas más febriles este hombre se agiganta y, desde lo más hondo de su espíritu, él saca fuerzas, ideas, esperanzas... y su palabra tiene entonces sonoridades extraordinarias. La tribuna, la cátedra, el Parlamento, las reuniones de propaganda, el periodismo, el verso. En todo el alma grande, el corazón sano, el brillo deslumbrante de su inteligencia domina totalmente y es que este hombre tiene tal fe, tiene tal convicción, que se agiganta en la lucha. Más obstáculos encuentra en su camino, más fuerza pone en su prédica, más claro brilla su inteligencia...

“Oratore smagliante”, lo llamó uno de los hombres más grandes del socialismo. “Avvocato principe”, que renunció a las causas que dan mitos positivos, para dedicarse por entero a la defensa del proletariado. Y es cierto. Frugoni pudo, como pocos, ser el abogado de las causas que dan dinero, y sin embargo prefirió ser el defensor de los pobres, reduciéndose a vivir en forma simple, llana, pero, eso sí, rodeado por el respeto y la admiración de todos.

Porque este fenómeno curioso, nosotros lo podemos contemplar. Nadie tiene para él, ni aún en los momentos más crudos, ni en las horas de mayor apasionamiento, ningún anatema. Su personalidad se impone aún a sus enemigos. Muchas veces hemos oído censurar sus actos, hemos visto rebatir sus ideas, pero todos tienen para él una frase que atempera el ataque, que hace suave la réplica. Porque el espíritu extraordinario, la bondad y el talento que tiene este hombre, se respeta y se admira. La vida intelectual del país, la vida parlamentaria de la República, no se puede narrar sin que a cada momento tengamos que citar el nombre del gran orador, del gran poeta, del gran pensador. Más de treinta años de la historia tienen en cada página estampado su nombre. En la historia de la Universidad, en la historia del trabajo, en los anales del Parlamento, en las actividades donde se eleva el espíritu, donde se habla de libertades, de luchas de pasiones.

En todas partes, y en todos los aspectos, su figura tiene o el puesto más elevado o un puesto de honor...